

Capítulo 18: Interconexión: el hilo que permite una respuesta teológica y sinodal al abuso

Gill Goulding

En la mitología griega, Ariadna entregó un hilo a Teseo para que pudiera encontrar la salida del laberinto. Si Teseo se hubiera distraído y hubiera perdido ese hilo, habría sido condenado a vagar por el laberinto o, lo que es más probable, habría sido asesinado y devorado por el minotauro, que vivía en las profundidades del mismo. Solo siguiendo el hilo era posible salir de la oscuridad del laberinto para encontrar la Vida. La interconexión, sugiero, es un hilo que nos permite ver los elementos congruentes de una respuesta teológica a la crisis de los abusos sexuales—en medio de un abanico de áreas, diversas y todas importantes, en las que podríamos centrar sistemáticamente nuestra atención—y avanzar hacia una respuesta coherente y generadora de vida. Este hilo dorado (o, a decir verdad, algo deslucido) de interconexión también nos permite apreciar en cierto modo la magnitud y profundidad de la oscuridad/profanidad que yace en el corazón de la crisis de los abusos sexuales y que sigue afectando a toda la Iglesia católica.

Este artículo plantea algunas características clave que forman parte integral de esta interconexión, incluida la comprensión de la autoridad como servicio y la importancia del niño como sujeto y maestro. Aunque son áreas diferenciadas, están interrelacionadas y tienen un gran significado teológico. Además, si se reconocen como integrales, contribuyen de manera fructífera a una respuesta sinodal. Ambas características encuentran su resonancia más intensa en la persona de Jesús, quien exhorta a prestar atención a los niños. En efecto, su propia identidad es inseparable de su condición de niño en relación con el Padre, de niño eterno, siempre Hijo del Padre. Este enfoque cristocéntrico abre el fundamento del misterio trinitario de la infancia. La confianza primordial en el Padre descansa en el Espíritu Santo, común al Padre y al Hijo.

Hay también una llamada a la conversión y a la transformación de la comunidad eclesial, desde el abuso de poder y de autoridad—un abuso en el que todos podemos incurrir como padres, profesores, trabajadores sociales, conductores de autobús, personal de limpieza, cualquiera que se relacione con los demás—hasta el ejercicio de la autoridad como servicio al estilo de Cristo. En consecuencia, toda la Iglesia se enfrenta al reto de apreciar con más profundidad la magnitud de esta interconexión, la cual permite dar un impulso teológico a favor de un modo de proceder sinodal en nuestra respuesta vivificante a la crisis de los abusos.

La autoridad como servicio

Las generaciones contemporáneas han sido testigos del cuestionamiento radical de la autoridad. Atrapado entre la Escila de la anarquía, con la consiguiente destrucción de la cultura, y la Caribdis del despotismo que pisotea la dignidad humana, el concepto de autoridad parece ser indispensable para nuestras interacciones humanas. ¿Cómo podría ser una autoridad edificante en la Iglesia? ¿Y cómo puede re-establecerse la relación fundamental de confianza que es vital para el ejercicio de la verdadera autoridad como servicio? Digo re-establecer, porque la crisis de los abusos sexuales se basa en una traición a la confianza y en un abuso depredador de la autoridad. El papa Francisco ha sostenido que en el centro de la crisis de los abusos sexuales está el abuso de poder. He propuesto que parte del camino para abordar este tema pasa por un debate sobre el uso adecuado del poder¹. Tal vez la mejor manera de pensar en el uso adecuado del poder sea a través de la noción del uso adecuado de la autoridad, es decir, como servicio². En la tradición cristiana ha habido un ejercicio respetable de la

¹ Gill Goulding, CJ, «Towards a Theological and Synodal Response to the Abuse Crisis», *New Blackfriars* 102, núm. 1097 (2021): 96–107.

² Christopher Butler señala que las fuentes del Nuevo Testamento lamentablemente consideran que la autoridad de Cristo fue percibida por sus seguidores principalmente por sus exorcismos y curaciones dentro de la comunidad; véase Christopher Butler, «Authority in the New Testament», *Downside Review* 57, núm. 4 (1939): 505-523.

autoridad en este sentido durante generaciones: en el servicio a los pobres, la promoción de la educación, especialmente para las niñas, la fundación de centros de atención médica y el testimonio diario de innumerables hombres y mujeres santos en posiciones de autoridad. El hecho de que a veces se deshonre la autoridad no niega esa realidad. «Una reflexión teológica responsable podría hacer posible esa autoridad auténtica mediante un proceso dialéctico que también identifique y trate de reformar lo deshonroso»³.

Según la tradición de fe cristiana, hay una cierta autoridad dentro de nuestro propio ser. Esta se deriva del acto trinitario de la creación, que surge de la efervescencia de la actividad amorosa y dinámica de Dios y afirma la dignidad, el valor y la bondad esenciales de cada persona humana, hecha a imagen y semejanza de Dios. Esta autoridad del ser implica una dependencia que pertenece a la naturaleza misma de la criatura. Somos criaturas que tienen un Creador, y este vínculo íntimo de dependencia nos llama a una relación profunda con Dios que se refleja en nuestra necesidad humana de relacionarnos en profundidad unos con otros. Aquí hay una doble dinámica: depender de Dios «nos libera de las esclavitudes y [en segundo lugar] nos lleva a reconocer nuestra propia dignidad [como personas humanas]» (*Gaudete et exsultate*, núm. 32). La madurez de una vida cristiana bien vivida manifiesta esa intimidad relacional con Dios y la expresión apropiada de intimidad con otras personas humanas. La consideración de tales vidas da aliento y apoyo a las identidades relacionales en desarrollo de niños y jóvenes. Cuando las vidas jóvenes sufren el trauma del abuso sexual, la huella pervertida sobre su experiencia de identidad e intimidad relacionales puede estropear todas las relaciones futuras.

Los pueblos inuit de la región ártica de Canadá construyeron *inuksuk* o *inuksbuk*, hitos o mojones de piedra que se encuentran en el norte de Canadá. Estas estructuras de piedra eran importantes para navegar por el territorio helado. Se utilizaban, entre otras cosas, como punto de referencia que indicaba la dirección del viaje. Señalaban algo que se encontraba más

³ Goulding, «Towards a Theological and Synodal Response to the Abuse Crisis», 98.

allá de ellos mismos. De manera similar, quienes ejercen la autoridad en el contexto de la fe cristiana están llamados a ser personas que señalan una autoridad que está más allá de ellos mismos, que es muy superior a ellos. Dios es la autoridad final y todas las criaturas están sujetas a Dios. En consecuencia, los llamados a representar a Dios en el ejercicio de la autoridad dentro de la Iglesia están llamados también a dar ejemplo de obediencia a Dios si quieren ser creíbles en el ejercicio de esa autoridad como servicio. La vida del representante de la autoridad de Dios debe reflejar esa intimidad con Él que es el fundamento de toda autoridad y que se manifiesta en un servicio lleno de esperanza y generador de vida para los demás. Se trata de un ejercicio de autoridad ciertamente edificante.

La autoridad de Cristo

«La total y generosa disponibilidad para servir a los demás es el signo distintivo de quien en la Iglesia está revestido de autoridad [...] [ya que] el primer “Siervo de los siervos de Dios” es Jesús»⁴. Afianzado en la profundidad de su relación con el Padre, Jesús siempre tendía la mano a sus discípulos y, más allá de ellos, a los más pobres y olvidados. «En Él, Dios revela su ser personal más íntimo: su amor más humilde en el mundo hasta despojarse de todo poder propio (Flp. 2,6-7), hasta morir por obediencia y morir en una cruz (Flp. 2,8), y precisamente en todo esto irrumpe la luz de su absoluta superioridad sobre todo poder opuesto a Él que no sea el poder del amor. [...] Cristo permanece como el que realiza (a través de su Cruz) la decisión de Dios de amar plenamente al mundo»⁵. En el misterio de la cruz encontramos la liberación del abuso de poder y la imagen más profunda de la autoridad como servicio. De hecho, la hermenéutica final es siempre la cruz.

Este poder del amor es central en la forma en que Jesús delegó la

⁴ Papa Benedicto XVI, «Homilía de su santidad Benedicto XVI», 24 de marzo de 2006, www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/homilies/2006/documents/hf_ben-xvi_hom_20060324_consistory.html.

⁵ Hans Urs von Balthasar, «Authority», en *Elucidations*, trad. John Riches (San Francisco: Ignatius Press, 1998), 137–139.

autoridad a su Iglesia, a Pedro, a los doce y a aquellos en quienes ellos delegarían posteriormente. Es importante señalar, como hace Balthasar, que la autoridad primordial era la de perdonar los pecados, la cual era clave para la misión de Jesús⁶. Además, está claro que Pedro solo asume esta responsabilidad porque está dispuesto a dar su vida por la Iglesia. El don de poder ofrecer el perdón está ligado a la disposición de los que son capaces de ofrecer su vida al servicio de los demás. No obstante, es importante indicar que, en virtud del bautismo por el que somos bautizados en la muerte y resurrección de Cristo, recibimos una parte de su autoridad y recibimos el don del Espíritu Santo. Esto significa que el testimonio de vida cristiana es un deber fundamental. En el centro de este testimonio se halla la voluntad de estar abiertos a perdonar y ser perdonados.

Existe una importante demarcación de la autoridad dentro de la Iglesia, que solo puede entenderse verdaderamente en un sentido análogo. «Una analogía entre la autoridad de la Iglesia en su totalidad y la autoridad de aquellos que por Cristo están dotados de una autoridad particular en medio del pueblo, una analogía en la que la presencia de la autoridad de Dios en Cristo se hace concreta (encarnada) para el pueblo en su diferenciación»⁷. El dilema a través de todas las generaciones es que la autoridad de la Iglesia debe ser una continuación de la propia autoridad de Cristo y, sin embargo, nunca puede estar totalmente al mismo nivel que el mandato de Cristo. Solo cuando la autoridad se ejerce con ese espíritu de amor humilde que caracterizó el ministerio de Jesús es creíble para el pueblo⁸. El papa Francisco ha subrayado la importancia del ministerio

⁶ Balthasar, «Authority», 137.

⁷ Balthasar, «Authority», 138.

⁸ Balthasar, «Authority», 139. Y continúa: «La autoridad de la Iglesia debe comprender que solo puede funcionar dentro de la analogía de la autoridad total del pueblo de la Iglesia o, dicho en términos modernos y concretos, en un diálogo continuo entre toda la Iglesia y el liderazgo de la Iglesia (los obispos en su colegialidad y su cabeza, el papa); [...] el justo sentido de la dirección reside tanto en los creyentes de la Iglesia universal como en el colegio de todos los obispos y en la cabeza que, por así decirlo, los engloba y personifica, pero que, no obstante, solo es “cabeza” *de y para y con* algo. [...] Cristo es la autoridad en la Iglesia que nunca podrá ser superada. Pero no ejerce su autoridad unilateralmente como el Cristo exaltado que juzga y

sacerdotal como un gran misterio de amor que debe fomentarse «con la oración, con la escucha de la Palabra de Dios y con la celebración cotidiana de la Eucaristía, y también con una frecuentación al Sacramento de la Penitencia». Sin recurrir a estas prácticas, el sacerdote «termina inevitablemente por perder de vista el sentido auténtico del propio servicio y la alegría que deriva de una profunda comunión con Jesús»⁹. En ese momento puede iniciarse la trayectoria hacia un comportamiento abusivo.

Evidentemente, la llamada a la santidad es un recordatorio muy llamativo para quienes ocupan puestos reconocibles dentro de la Iglesia—sacerdotes, obispos, religiosos y laicos—pero ellos, como nosotros, son todos miembros del Pueblo de Dios. Como tales, compartimos una responsabilidad y una necesidad de rendir cuentas sobre el modo en que usamos la autoridad en nuestras diferentes circunstancias. Todos estamos llamados «a ser un pueblo, que le confesara [a Dios] en verdad y le sirviera santamente» (*Lumen gentium*, núm. 9), y ¿dónde debería verse esa santidad sino en el modo en que ejercemos la autoridad en los distintos ámbitos? En efecto, *Lumen gentium* insiste en que todos los fieles «son llamados por el Señor [...] a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre» (*Lumen gentium*, núm. 11).

La importancia del niño

En el centro de toda consideración sobre la crisis de los abusos sexuales está la persona del niño o del joven vulnerable. Sin embargo, a menudo no se consigue hablar directamente con los niños sobre su experiencia. Todavía existe una ambivalencia cultural hacia los niños, quizás arraigada en el idealismo romántico de la infancia de Rousseau o en la visión de Kant de los niños como algo no formado y de apariencia animal, y de la infancia como una preparación para la edad adulta que vendrá cuando la infancia

promulga la ley, sino como la imagen de Dios que solo es exaltado en la humillación, que solo legisla en el amor y que solo juzga en la medida que perdona».

⁹ Papa Francisco, «Audiencia General», 26 de marzo de 2014, www.vatican.va/content/francesco/es/audiences/2014/documents/papa-francesco_20140326_udienza-generale.html.

desaparezca¹⁰. También está la idealización victoriana de la familia nuclear¹¹. Estas representaciones apenas tienen en cuenta la capacidad de acción de los niños, a pesar de que la noción de la capacidad de acción del niño es fundamental para las diversas subdisciplinas de las humanidades que han florecido desde los años ochenta, denominadas *estudios sobre la infancia*, *estudios sociales sobre la infancia* o *sociología de la infancia*. Es vital que pongamos en tela de juicio nuestras actuales suposiciones culturales sobre lo que constituye el conocimiento real y las capacidades necesarias para una comunicación fiable, sobre la naturaleza de los niños y sobre las dificultades de una conversación honesta en torno al dolor y el sufrimiento, más aún cuando se trata de un niño a quien por encima de todo se desea proteger y preservar del sufrimiento. Una pregunta honesta podría ser la siguiente: ¿nos estamos protegiendo a nosotros mismos del dolor en lugar de proteger al niño? Sugiero que es posible y necesario hablar con los niños sobre sus experiencias, porque los niños son personas que conocen, sujetos intersubjetivos; en realidad, son sujetos comunicantes en razón de su intersubjetividad fundamental¹². Aunque a menudo carecen de capacidad para la formulación abstracta, los niños tienen un afán de conocimiento y un don para la creación de significados. Son capaces de comunicarse y dialogar con los demás, incluidos los adultos, a través de la conversación, pero sobre todo mediante el arte, los cuentos y el juego. Tenemos mucho que aprender de los niños y no es para menos, porque el mandato evangélico (Mc. 10,13-16 y Mt. 18,1-6) es que debemos prestar

¹⁰ Véase Immanuel Kant, *Über Pädagogik* (Königsberg: D. Friedrich Theodor Rink, 1803). Kant aborda específicamente esta visión del desarrollo del niño en la introducción y en el capítulo 1.

¹¹ Véase David Popenoe, «Victorian Fathers and the Rise of the Modern Nuclear Family», en *Families Without Fathers* (Nueva York: Routledge, 2009), 81–108.

¹² Existe bibliografía sobre cómo hablar de los abusos sufridos con los niños víctimas. Véase «Practitioner and Parent/Caregiver Guides», Office for Victims of Crime, ovc.ojp.gov/child-victims-and-witnesses-support/guides; Haroon Siddique, «Child victims of sexual abuse ‘often accused of lying to police’», *The Guardian*, 24 de junio de 2021, www.theguardian.com/world/2021/jun/24/child-victims-of-sexual-abuse-often-accused-of-lying-to-police.

atención a los niños, no solo para protegerlos, sino para aprender de ellos.

Décadas antes de los estudios sobre la infancia, Karl Rahner, SJ, escribió un artículo¹³ que ensalzaba la capacidad de acción del niño y el valor insuperable de la infancia, explorando la dimensión trascendente del conocimiento y el amor de los niños y cuán abiertos están al misterio de la presencia de Dios. Rahner subrayó que la infancia no es algo que perdamos o dejemos atrás a medida que avanzamos hacia la edad adulta. Más bien «vamos hacia su encuentro como hacia lo realizado y salvado en el tiempo»¹⁴. Nosotros *seremos* los niños que *fuimos*, porque un día recogeremos el tiempo y nuestra infancia en la eternidad»¹⁵. La infancia, afirma Rahner, tiene un valor y una importancia que van más allá de nuestra concepción humana porque «la misma infancia tiene una inmediata relación con Dios»¹⁶. La infancia tiene un valor único en sí misma, y esto es aplicable a todos los niños¹⁷. El cristianismo muestra reverencia por el niño. La concepción teológica que Rahner tiene de la infancia no se caracteriza por un optimismo ingenuo, sino por una esperanza puesta en la abundante gracia de Dios.

El niño es un niño, y todos hemos sido niños o, mejor dicho, todos

¹³ Karl Rahner, «Ideas for a Theology of Childhood», en *Theological Investigations*, vol. 8, trad. David Bourke (Londres: Darton, Longman & Todd, 1971), 33–50.

¹⁴ Rahner, «Ideas for a Theology of Childhood», 39: «El niño y sus orígenes son abrazados por el amor de Dios mediante la promesa de esa gracia que, en la voluntad de Dios de salvar a toda la humanidad, llega en todas las circunstancias y a toda persona de parte de Dios en Cristo Jesús».

¹⁵ Rahner, «Ideas for a Theology of Childhood», 36: Y continúa: «Nuestra infancia permanece abierta... Pero esto no significa que dejamos la infancia, sino que nos dirigimos hacia la eternidad y hacia la definitiva validez de esta infancia delante de Dios. Por esto la infancia es importante para el destino del hombre no solo como preparación para decisiones trascendentales futuras, sino mucho más como un tiempo de su historia personal en el cual se desarrolla lo que solamente en él se puede desarrollar».

¹⁶ Rahner, «Ideas for a Theology of Childhood», 36.

¹⁷ Rahner, «Ideas for a Theology of Childhood», 38: «El niño es desde el primer momento el compañero de Dios [...] quien puede amar lo más pequeño porque para él lo más pequeño está siempre lleno del todo; quien no siente lo inefable como algo que le es letal porque experimenta el hecho de que, cuando se abandona a ello sin reservas, cae en las profundidades inconcebibles del amor y de la bienaventuranza».

hemos sido un niño/a particular y único/a. Nuestras experiencias de ser niño serán diferentes según la naturaleza única de nuestro ser y según las circunstancias en las que hayamos vivido. Lo importante aquí es recordar la experiencia de nuestra propia infancia. Es vital que no ignoremos nuestra experiencia de ser niño. Como insiste Rahner, tanto la Escritura como la tradición dan por sentado que entendemos lo que es realmente un niño a partir de nuestra propia experiencia, en lugar de tratar esta cuestión como algo que hay que analizar. Entre otras cosas, nuestra infancia puede recordarnos nuestra vulnerabilidad compartida, nuestra fragilidad como seres humanos en relación con los demás.

Hijos de Dios

Según Rahner, la infancia también está abierta al misterio. Es, en última instancia, un misterio. «Y porque es un misterio [...] la vida misma es misteriosa [...] y siempre que conservemos reverente y amorosamente nuestra entrega al misterio, la vida se convierte para nosotros en un modo de ser en el que nuestra infancia original se conserva para siempre [...] un modo de ser que nos confiere la capacidad de seguir jugando, de reconocer que la fuerzas que rigen la existencia son mayores que nuestros propios designios, y de someternos a su control como nuestro bien más profundo»¹⁸. La naturaleza misteriosa de ser niño solo la llegamos a comprender más tarde en la vida, cuando crecemos hasta convertirnos en lo que somos, es decir, niños. De hecho, como indica Rahner, la experiencia de la infancia implica no solo una realidad existencial, sino también escatológica. Jesús señala a los niños como aquellos que conocen sus propias necesidades (Mt. 18,4), que no tienen nada de sí mismos que merezca la ayuda de Dios, pero que lo esperan todo de Dios y confían en su bondad amorosa y en su protección. Este misterio de apertura confiada a Dios refleja en parte la relación entre Jesús y el Padre.

¹⁸ Rahner, «Ideas for a Theology of Childhood», 42. Y continúa: «una vida que cuando llega a su fin sabe y confía infantilmente haber acabado su tarea [...] Una actitud tal hace del misterio la protección y la defensa de nuestras vidas».

Sin embargo, es vital, como afirma san Pablo (Ef. 3,26), reconocer que las personas humanas están llamadas a realizar su identidad como hijos de Dios. En esto consiste, para Rahner, la madurez de nuestro modo de entender lo que significa ser hijo. Aquí se conjugan la «confianza, la apertura, la esperanza, la armonía interior con las fuerzas impredecibles a las que el individuo se enfrenta [...] la disposición a adentrarse en lo desconocido y lo no experimentado»¹⁹. En esta expresión de madurez, se hace evidente que el hecho mismo de que somos hijos de Dios ha estado presente en nuestras vidas desde el principio. No se trata de un atributo adquirido con el paso del tiempo por medio de un esfuerzo diligente o de méritos. «Solo se comprende la última esencia de la infancia cuando se comprende la filiación divina»²⁰.

Rahner parece ser consciente de que quienes de niños se sintieron desatendidos, abandonados o—añadiría yo—sufrieron el azote del abuso sexual pueden interpretar esa experiencia en un sentido último y metafísico trastornando toda su vida. A menudo, estas personas no podrán superar posteriores experiencias difíciles en la vida o el impacto de nuevos traumas psicológicos reapropiándose de los recuerdos de una infancia segura que les encamine de manera positiva hacia el sentido y la vida. En su lugar, interpretarán tales experiencias como una proyección más de la experiencia de negatividad, inseguridad y abuso retraumatizado.

Son esos niños y jóvenes que han sufrido abusos los que en muchos casos son incapaces de reconocer y vivir la plenitud de su identidad como hijos de Dios, debido al sufrimiento causado por el abuso. La experiencia del abuso sexual cuando el agresor es un miembro del clero no solo implica violar el modo de entender la relación y la intimidad, sino que también es una gran traición al alma del niño o de la persona vulnerable. Si luego hay un intento por parte del perpetrador de justificar tal abuso usando la autoridad del sacerdote o utilizando sacramentos, como el de la reconciliación, se produce una profanación de lo sagrado. Tanto la realidad

¹⁹ Rahner, «Ideas for a Theology of Childhood», 47–48.

²⁰ Rahner, «Ideas for a Theology of Childhood», 49.

del niño o del joven como los sacramentos son profanados por un acto sacrílego. El sacerdote que se presenta ante ese niño o adulto vulnerable como una autoridad espiritual en su relación con Dios traiciona esa confianza y marca irreversiblemente el alma de la persona de la que abusó. Stephen Rossetti, en un libro histórico escrito en 1990, utilizó el término «asesino del alma»²¹ para describir la profundidad del acto profano del abuso. Es de suma importancia que la comunidad eclesial reflexione sobre el inmenso sufrimiento que ocasiona el abuso, tanto de forma catastrófica para la víctima como para la familia, los amigos y la comunidad eclesial en general.

El niño eterno que es Cristo

En esta grave traición sufrida por los que han sido objeto de abusos, también podemos vislumbrar la profundidad de la traición a Jesús. En la profanación de la especie sagrada que es su cuerpo, mediante la tortura y la crucifixión, vislumbramos la traición a su cuerpo místico, que es la Iglesia, y especialmente a los más vulnerables en ella. En la indiferencia mostrada hacia su cuerpo sagrado, que se nos hace vulnerable en la eucaristía, vislumbramos en parte el rechazo y la indiferencia mostrados a lo largo de los años hacia las víctimas de abusos. En la parábola del juicio final del Evangelio de Mateo, Jesús afirma claramente: «Os aseguro que todo lo que hayáis hecho en favor del más pequeño de mis hermanos, a mí me lo habéis hecho» (Mt. 25,40). Abusar de cualquier niño o adulto vulnerable es abusar de Jesús, es un acto sacrílego. Porque, continúa diciendo, «Os aseguro que cuanto no hicisteis en favor de estos más pequeños, tampoco conmigo lo hicisteis» (Mt. 25,45). Cuando no se quisieron escuchar las dolorosas historias de abusos sexuales, cuando se culpaba a las víctimas por atreverse a sugerir tal acción por parte de un sacerdote y cuando no se ofrecía consuelo, sino solo incomprensión, negación y ostracismo, aquí, una vez más, Jesús afirma que tales acciones fueron realizadas contra él. La

²¹ Stephen Rossetti, *Slayer of the Soul: Child Sexual Abuse and the Catholic Church* (Mystic, CT: Twenty-Third Publications, 1990).

relación que Jesús establece entre él y los más vulnerables es inviolable. Cuando se trata de niños, sus palabras se vuelven muy explícitas: «Y el que recibe en mi nombre a un niño como este, a mí me recibe. Pero a quien sea causa de pecado para uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que lo arrojaran al fondo del mar con una piedra de molino atada al cuello» (Mt. 18,5–6). Se trata de un castigo impuesto al más pernicioso de los delitos.

Según Mt. 18,5, quien acoge a un niño en nombre de Jesús, acoge al mismo Jesús. Con estas palabras, Jesús no está afirmando que un niño sea una especie de analogía del Hijo de Dios, sino que más bien subraya que acogerlo es acoger «al Niño arquetípico que tiene su morada en el seno del Padre. [...] Quien se dirige al más insignificante de los niños está, de hecho, llegando a lo que es definitivo, al Padre mismo»²². Aquí tocamos un misterio profundo en el corazón del Evangelio, a saber, Jesús es siempre el hijo eterno del Padre. La palabra se hace carne en la persona concreta de Jesús de Nazaret, nacido de la virgen María y con un padre adoptivo, José. Al mismo tiempo, este Dios-Hombre, Jesucristo, es Hijo de Dios, Hijo del Padre. Su propia obediencia fiel al Padre incluye una apertura y una voluntad de llegar hasta donde la voluntad amorosa del Padre disponga²³. El fundamento sobre el que se asienta Jesús en su vida terrena es su relación con el Padre. Esto lo reitera muchas veces el propio Jesús, sobre todo en el Evangelio de Juan. Su propia identidad es inseparable de su condición de

²² Hans Urs von Balthasar, *Unless You Become Like This Child*, trad. Erasmo Leiva-Merikakis (San Francisco: Ignatius Press, 1991), 10.

²³ Balthasar, *Unless You Become Like This Child*, 31: «Esta confianza primigenia en el Padre, que ninguna desconfianza enturbia jamás, descansa en el Espíritu Santo común al Padre y al Hijo. En el Hijo, el Espíritu mantiene viva la confianza inquebrantable en que todo mandato del Padre (incluso cuando la distinción entre las personas de la Trinidad se transforma de tal modo que se experimenta como abandono del Hijo) será siempre un mandato de amor que el Hijo, ahora que es hombre, debe corresponder con obediencia humana». Es necesaria una mayor reflexión teológica que sondee las profundidades de la infancia eterna de Jesús para poner de manifiesto el alcance de esta fecunda interpretación. Una exploración a ese nivel trasciende el propósito de este artículo, aunque se está trabajando en ello con vistas a otra publicación.

hijo en relación con el Padre. «Precisamente esto muestra hasta qué punto sigue siendo niño incluso de adulto, y por qué esta característica permanente le permitió comprender la infancia de un modo tan singular y le hizo exaltar tanto la condición de ser niño»²⁴.

¿Y qué significa ser un hijo adulto de Dios? Significa ser alguien siempre dependiente, que sabe que debe su existencia a Dios y que, con la conciencia permanente de ser niño, está siempre dispuesto a pedir y a dar gracias. Un niño también está abierto a dar a los demás. Una actitud infantil es una actitud que está abierta al carácter intrínseco de la Iglesia como misterio reconocido en la recepción de los sacramentos: en la proclamación de la palabra, en el liderazgo ordenado por Cristo y el sacerdocio especial de los fieles, y en la confianza de que este sacerdocio contiene la gracia de Dios destinada a ser acogida como lo hace un niño. El niño también vive en el presente, dispuesto a aceptar lo que cada día trae consigo y a buscar la gracia en ese preciso día. «Un niño que conoce a Dios puede encontrarlo en cada momento, porque en cada momento se le desvela y le muestra el fundamento del tiempo: como si descansara sobre la eternidad misma»²⁵. Ser hijo del Padre tiene la primacía sobre el drama de la salvación en su totalidad, ya que es lo que conduce al Hijo desde su infancia humana, a través de su ministerio público y el rechazo de las personas, hasta su oficio de sumo sacerdote en la cruz²⁶. El hijo eterno nos sostiene ante el Padre mientras intercede por nosotros como sumo sacerdote eterno. La maternidad de la Iglesia, forjada por la gracia, descansa sobre el fundamento primario de su propia infancia, que persiste y que impregna toda autoridad cuando se ejerce como servicio.

Para que esta interconexión contribuya positivamente a la vida de la Iglesia y a su modo de proceder, es necesario que se produzcan una

²⁴ Balthasar, *Unless You Become Like This Child*, 33.

²⁵ Balthasar, *Unless You Become Like This Child*, 55.

²⁶ Véase Hans Zollner, SJ, «The Child at the Center: What Can Theology Say in the Face of the Scandals of Abuse?», *Theological Studies* 80, núm. 3 (2019): 692–710, donde expone algunas líneas teológicas para futuros estudios teológicos, en particular «una subestimación del poder y la sutileza del mal», con vistas al «desarrollo de una teología moderna del niño».

conversión y una transformación significativas. La conversión es necesaria para pasar del abuso de poder y autoridad a una forma de ejercer la autoridad como servicio según el ejemplo de Cristo. Nos convertimos en hijos de Dios por adopción; el Hijo nos une a él y nos lleva al Padre. En definitiva, esto se realiza en la cruz y se hace presente para nosotros en la eucaristía, pero este ser-en-él ya está contenido en el plan de Dios antes de la fundación del mundo, pues el Padre nos eligió en Cristo (Ef. 1,4). La Iglesia bautiza según la fórmula trinitaria, consagra el ser humano a Dios y comunica a la persona el don divino del nacimiento de Dios y la pertenencia a la familia de la Iglesia. De este fundamento se derivan claras implicaciones para la forma en que estamos llamados a ejercer la autoridad. Cualquier ejercicio de la autoridad que quiera ser generador de vida debe incluir: la conciencia de su responsabilidad, el conocimiento de la dignidad única de los que están confiados a su cuidado, y una apertura y receptividad humildes y semejantes a las de un niño, tanto hacia Dios como hacia los demás, en la expresión de esa autoridad.

Para ayudar a la reflexión individual sobre esta cuestión del ejercicio de la autoridad, sugiero tomar en consideración tres preguntas importantes. *¿Cuál* es la autoridad que estás llamado a ejercer? Es importante identificarla y reconocerla. *¿Cuándo* ejerces esta autoridad, ante qué personas? *¿Cómo* ejerces esa autoridad? ¿Te ves a ti mismo tratando de servir a las personas ante quienes ejerces esa autoridad o te limitas a decir a los demás lo que tienen que hacer o dejar de hacer? En tercer lugar, *¿por qué* ejerces esa autoridad?, ¿es por amor a los demás, es un camino de servicio? Una forma de responder a estas preguntas podría ser considerar tu experiencia en la oración con la ayuda del Espíritu Santo. Como ya he indicado, la autoridad es creíble para las personas y está libre de abusos solo cuando se ejerce con el espíritu del amor humilde que caracterizó el ministerio de Jesús. Este amor humilde necesita ser alimentado por la oración, la eucaristía y el sacramento de la reconciliación para recibir la alegría que brota de la comunión profunda con Jesús.

El espíritu sinodal

Este amor que recibimos del Señor es la fuerza que transforma nuestra vida, abriendo nuestro corazón al Espíritu Santo y haciendo posible la misión. Aquí nos encontramos con la dinámica del proceso sinodal, en el que son esenciales dos actitudes clave. La primera es la apertura a una escucha profunda y humilde de todos los implicados en el proceso. La segunda es tener la audacia de hablar abiertamente, con honestidad y sin inhibiciones originadas por el miedo. En un proceso de estas características se está dispuesto a escuchar y a aprender de los más vulnerables, frágiles y marginados, a entrar en comunión con ellos y a participar en la misión de estar a su servicio.

Además, yo afirmaré que explorar esta forma de interconexión es una forma sinodal de actuar. Por lo tanto, está en consonancia con lo que el papa Francisco ha designado como una forma adecuada de proceder para la Iglesia en la vivencia de su misión evangélica. En particular, esta forma sinodal de actuar, que incluye a quienes han sufrido el trauma del abuso sexual, puede contribuir a un camino de sanación tanto para las víctimas/supervivientes como para la Iglesia en general. Cuando nos comprometemos en ese proceso de escucha intensa del Espíritu Santo, una escucha «con los oídos del corazón», como afirma el papa Francisco²⁷, somos capaces, por la gracia, de oír y percibir la verdad profunda. Al escuchar a quienes han sufrido abusos, podemos vislumbrar en parte la profundidad de su dolor y la profanación tanto de toda su persona como de la persona de Jesús. Darse cuenta de que han sido escuchados en lo más íntimo de su ser puede ser un paso estimulante para el superviviente del abuso y un momento de gracia también para la Iglesia, llevada a reconocer su propia complicidad. Escuchar juntos, discernir juntos, centrarse en la comunión y la participación y estar abiertos al Espíritu de Dios que se

²⁷ Papa Francisco, «Mensaje del santo padre Francisco para la 56 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales», 24 de enero de 2022, www.vatican.va/content/francesco/es/messages/communications/documents/20220124-messaggio-comunicazioni-sociali.html.

mueve dentro de la Iglesia permite al pueblo de Dios seguir el hilo que conduce a la Vida. Como afirmó el papa Francisco, «[e]ste último tiempo es tiempo de escucha y discernimiento para llegar a las raíces que permitieron que tales atrocidades se produjeran y perpetuasen, y así encontrar soluciones al escándalo de los abusos no con estrategias meramente de contención—imprescindibles pero insuficientes—sino con todas las medidas necesarias para poder asumir el problema en su complejidad»²⁸.

Conclusión

El tema de la interconexión no es una solución inmediata al problema de los abusos sexuales dentro de la Iglesia. Lo que sí hace es plantear la complejidad que implica cualquier respuesta. La interconexión indica algunos de los elementos teológicos del problema diversos y diferenciados y sugiere que el camino a seguir implica considerar diferentes niveles de discurso, uno de los cuales conlleva consideraciones teológicas. Centrarse en un solo elemento—incluso en la experiencia de las víctimas/supervivientes de abusos sexuales—es demasiado simplista.

Si la Iglesia quiere avanzar para volver a ser un signo de esperanza y un faro de luz y de vida en el mundo contemporáneo, debe abrirse al modo de proceder del Espíritu de Dios. Como el hilo de Ariadna, el Espíritu desea sacarnos de la oscuridad y llevarnos a la luz, aunque dolorosa, de la actividad redentora de Dios en la vida de los que han sufrido y en la comunión eclesial más amplia. Tomar en una mano el hilo de la interconexión mientras se trabaja en cualquiera de las áreas específicas—tanto las indicadas anteriormente como otras—sienta las bases para una apertura en la que el Espíritu de Dios puede obrar prodigiosamente.

²⁸ Papa Francisco, «Carta del santo padre Francisco al pueblo de Dios que peregrina en Chile», 31 de mayo de 2018, núm. 3, www.vatican.va/content/francesco/es/letters/2018/documents/papa-francesco_20180531_lettera-popolodidio-cile.html.

Gill Goulding, CJ, es doctora en Teología por la Universidad de Edimburgo (Escocia). Es docente de Teología Trinitaria, Eclesiología y Antropología Teológica, y entre los teólogos que más le interesan figuran Hans Urs von Balthasar y Romano Guardini. En 2022, Gill completó un proyecto de investigación de año sabático titulado «The Forgotten Dimension: Theology Informing a Response to the Abuse Crisis» («La dimensión olvidada: una respuesta teológica a la crisis de los abusos»), el cual implicó la redacción de dos textos, uno para los obispos y otro para una comunidad eclesial más amplia, que se han traducido a cuatro idiomas. Gill es también investigadora asociada en el Instituto Von Hügel, St Edmund's College (Cambridge, Reino Unido). Es miembro de las comisiones teológicas de la Conferencia de Religiosos de Canadá, del Consejo Canadiense de Iglesias y del Sínodo de los Obispos en Roma. Fue nombrada por el papa Benedicto como experta para el Sínodo en 2012 y nombrada en 2021 para ayudar en el proceso sinodal 2021-2023 y posteriores.